

Del homo sapiens al homo ridens:

el poder (y el peligro) de la risa a lo largo de la historia

*La potencia intelectual de un hombre se mide
por la dosis de humor que es capaz de utilizar*

Nietzsche



Fotografía David Lara Ramos

«Nada más serio que el humor», se dice popularmente. «Nada más serio e importante», habría que decir si se trata de encontrar alguna característica que defina y diferencie al ser humano de otras especies (aunque, recientemente, se reconoce que otros primates lo tienen también). Y si se trata de hacer honor a la verdad, «nada más serio, importante y peligroso», como lo enseña la historia cuando se trata de controlar (de ser posible) el poder corrosivo de la risa...

Si hablamos de humor hacemos referencia a la facultad humana que se vale de infinitos recursos (orales, gestuales, gráficos, sonoros, etc.) para evidenciar el carácter contradictorio y muchas veces absurdo de la realidad y de nuestra condición humana, es decir: del sinsentido de lo que nos rodea.

Por eso mismo —porque lo humorístico es inherente a la vida—, lo cómico encuentra infinitas posibilidades para abrirse paso en forma de sarcasmo, ironía, chiste, parodia,

exageración, ridículo (incluso lo grotesco), juegos de palabras, humor y sus múltiples «colores temáticos» (humor negro, verde) o sus circunstanciales apellidos (humor político, humor gráfico, humor absurdo), en fin: expresiones y creaciones que son fruto de la creatividad humana y el deseo de transgresión. En todo caso, más allá de los tipos de humor (con su carga de ocurrencia y atrevimiento) hay una señal particular que es evidente en todas las culturas: la risa.

Es justamente esta explosión de energía —que tiene, a su vez, diferentes matices y connotaciones sociales— la que oficializa que algo es gracioso, cómico y risible. Es decir, algo que es involuntariamente celebrado con una sonrisa, risa o una sonora carcajada.

Como toda creación intelectual, hablar de *humor* obliga a referirnos a un concepto que ha variado a lo largo del trayecto histórico, lo que le confiere una interesante capacidad de revelar el pensamiento de entonces.

Sin embargo, cabe una pregunta inicial: ¿por qué si hablamos del *humor* como algo natural al ser humano, históricamente ha sido visto con sospecha y en algunos casos —según tiempos, culturas y situaciones— se ha ejercido el poder para prohibirlo o castigarlo? La respuesta es ciertamente simple, pero no por eso menos reveladora e inquietante: porque la risa es un contrapoder. Y por eso mismo —por oponerse al poder— es un peligro.

Históricamente, el término *humor* significaba *humedad* y describía las cuatro sustancias (y sus correspondientes cualidades) cuyo equilibrio, se creía, constituían la salud o armonía del cuerpo humano: sangre (valen-

tía), pituita o flema (calma), bilis amarilla (cólera) y bilis negra (melancolía).

El padre de la medicina, el griego Hipócrates (460-370 a. C.) defendió esa idea, que fue retomada por el médico del Imperio romano, Galeno (129-201). Este atribuía el equilibrio de la personalidad como resultado de la combinación de estos cuatro elementos, lo que generaba cuatro temperamentos distintos: sanguíneo, flemático, colérico o melancólico. Con aportaciones de pensadores árabes, esta idea fue dominante en las ciencias médicas por casi dos milenios, hasta bien entrada la Edad Media.

Mucho antes —para los egipcios— la risa era algo consustancial a la creación del mundo. Lo expresa de la mejor manera el hecho de que relacionaran directamente los misterios de la creación con una expresión de alegría:

En la Antigüedad existía la idea de la fuerza creadora de la risa. Corresponde a los antiguos egipcios el mérito de haber dicho todo lo que cabía decir a propósito de la risa creadora. Lo que imaginaban acerca de la creación del mundo aparece en un papiro alquímico conservado en Leyden y que data del siglo III de nuestra era. Se trata de un relato en el que se atribuye a la risa divina la creación y el nacimiento del mundo. (Gila, 2007).

Aunque no imposible, es difícil imaginar un mito de la creación del mundo que tome como punto de origen el llanto, en lugar de su contraparte, como lo pensaban los milenarios pueblos del antiguo Egipto.

Los griegos entendían que el humor era algo

menor en comparación con su visión trágica de la vida. De alguna manera, la comedia era el recurso idóneo para hablar de las personas que no eran precisamente el ejemplo a seguir. Por el contrario, la tragedia era el destino difícil pero probable de quienes enfrentaban las adversidades con el temple propio de los héroes. En todo caso, para la sociedad de la Grecia clásica lo trágico y lo cómico podían convivir en momentos en los que el ser humano no tenía forma de responder con sentido, resignándose al deseo de los dioses o al destino.

Ya entrados en la Edad Media, el concepto de humor cambia decididamente y empieza a ser visto con otros ojos por quienes detenían el poder sobre la vida de las personas: la Iglesia. Es a este poder institucional y omnipresente que le corresponde asegurarse una serie de valores en los que destacaba la obediencia y uno más sutil que no hacía falta explicar, pero que, desde entonces, se convirtió por excelencia en enemigo del humor: la solemnidad.

El tono serio se impuso como la única forma capaz de expresar la verdad, el bien y, en general, todo lo considerado importante y estimable. Esto dio lugar a que el miedo, la veneración y la docilidad se constituyeran a su vez en variantes o matices de ese tono serio. Sin embargo, la risa es tan universal como la seriedad. Ambas abarcan la historia, la sociedad y la concepción del mundo. (Gila, 2007).

En un contexto reglado y con un ambiente en que las restricciones de todo tipo estaban a la orden del día, la risa se oponía a la rigidez de la Iglesia, y así, la cultura popular —siempre «en resistencia» ante el mandato

clerical— empezaba a ser consciente de lo necesario que resultaba celebrar la imperfección de la vida, de nuestros deseos y añoranzas, de la aventura (efímera y no tan virtuosa como se predicaba) que entonces y aún hoy significa vivir.

Muchos años después, el teórico y filósofo del lenguaje Mijaíl Bajtín (1895-1975), en su estudio *Rabelais y su mundo*, indagaba en la obra del gran escritor francés para descifrar lo que a su parecer subyace en el fondo de la obra literaria medieval: una celebración del carnaval. Bajtín descubre así que Rabelais estaba recreando un cambio de mentalidad en la sociedad de entonces y una apertura a nuevas formas de expresión asociadas a lo grotesco, contrarias a la razón, incluso a la inmoralidad como fuente de diversión, placer y afirmación.

Con respecto a este carnaval endemoniado y tan necesario en las vidas de mujeres y hombres, vale la pena consignar una reflexión. Todo carnaval es un ritual de desacralización, de transgresión, en el que se busca invertir la lógica del *statu quo*. Así, los reyes son vistos como bufones y el bufón toma el lugar del rey. Precisamente, sobre el carnaval, el escritor y gestor cultural colombiano Juan Luis Mejía Arango señala:

En la esencia del carnaval está su aversión al orden establecido. Ese tiempo de moratoria que consigue el desfogue social. Es la posibilidad que tiene el débil de expresar su descontento y sentirse, así sea de manera efímera, libre del yugo de todo poder. (2014).

Tampoco es gratis, además, que el semiólogo italiano Umberto Eco (1932-2016) sitúe

su gran novela *El nombre de la rosa* en un siglo XIV y le dé a la risa un papel primordial en su argumento, pues ya entonces se entendía que la risa era (como lo sigue siendo) un mecanismo subversivo, contrario a la autoridad. A esto hay que sumar una idea interesante que expuso tiempo después el filósofo Thomas Hobbes (1588–1679), al hablar del fenómeno de la risa como una expresión de súbita superioridad, lo que confiere aún mayor peso a su connotación de gesto antiorden establecido. Así lo expone Herzog (2010):

Si la risa es una forma de gozarse, de creerse superior a otros, se trata de un acto de poder. En la risa se experimenta el gozoso disfrute de nuestra superioridad: una presunción de preeminencia. En *Los elementos de la ley natural y política*, Hobbes ofrece su primer tratamiento sobre la risa. Al reírse, el individuo se glorifica. Así lo sostiene también en el *Leviatán*: la risa es una gloria súbita que inflama al hombre con una sensación de superioridad. Mientras los médicos del siglo XVI y XVII resaltaban las cualidades terapéuticas de la carcajada, los humanistas tendían a resaltar su capacidad destructiva.

Hobbes decía que nos reímos en circunstancias en las que, por disparatadas, nos sentimos superiores. Ser testigo de la equivocación del otro, de un error, una caída, un despiste, un traspie nos pone en situación momentánea de superioridad, lo que nos lleva a disfrutar de ese efímero sentimiento de ser infalibles. (Humor con sentido, RTVE, 2010).

Si hacemos una síntesis de aspectos que requieren mayor detalle, el proceso de «civilización» que permitió el Renacimiento trajo

aparejado una consciencia del individuo que no se había visto antes. Esta individuación logró que la emotividad de las personas empezara a reconocerse, matizarse y diferenciarse, lejos del control que la Iglesia ejerció por tantos siglos. La risa aparece en este nuevo escenario como la expresión de una nueva realidad, en la que la subjetividad comienza a abrirse paso y el humor es un sello de autenticidad casi inexistente hasta entonces (lo que hace que, consecuentemente, empiece a ser *vigilada y castigada*).

El Renacimiento, con su confianza excesiva en el ser humano, es el escenario para que otros valores emerjan y se afiancen. La crítica a la autoridad es uno de ellos. En todo caso, hasta ese momento muy pocos eran los filósofos o pensadores que creyeron importante dedicarse a analizar los mecanismos del humor, de la risa y su rol en las florecientes sociedades del Renacimiento. Pero el tránsito hacia un nuevo mundo, más moderno, contrastado y contradictorio lo hacía necesario.

Se tuvo que esperar hasta las primeras luces del siglo XX para concederle el lugar de estudio que, desde la fisiología, la filosofía, el psicoanálisis, la naciente sociología, la antropología y la estética se le concedió al humor, a lo cómico, a la risa y su poder provocador y destructivo.

Desde un punto de vista científico, uno de los primeros nombres que aparecen asociados a estudios sobre el humor es el del filósofo y escritor francés Henri Bergson (1859-1941), quien publica en 1899 su libro *La risa. Ensayo sobre el significado de la comicidad*. En él, entre otros postulados, Bergson sugiere que la risa es un mecanismo

de defensa que tiene el individuo cuando quiere hacer frente a una sociedad cuyas demandas le generan tensión. También Sigmund Freud (1856-1939) dedicaría estudios sobre la risa y el humor en concordancia con sus teorías de la represión, la sexualidad y la liberación de tensiones.

Si ya para entonces se contaba con bastante perspectiva histórica para nombrar diferentes estadios de la evolución humana asociados a cualidades destacables —*homo sapiens* (el que piensa), *homo faber* (el que hace)— sería el historiador neerlandés Johan Huizinga (1872-1945) quien agregaría un nuevo estadio que amplía el poder del humor en la vida social moderna: el *homo ludens* (el hombre que juega).

Para Huizinga, el juego no solo está en la base del desarrollo del pensamiento humano, sino que estructura la cultura. El origen y el desarrollo de la cultura misma poseen un carácter lúdico. Para el neerlandés, es una configuración de juegos, roles, reglas aceptadas y transgredidas. Huizinga hace uso de este término para señalar su importancia social y cultural. El juego es entonces un factor absolutamente decisivo en el desarrollo de los humanos, clave para entender no solo el desarrollo cognitivo sino el funcionamiento y dinámica cultural.

Recientemente, la filósofa mexicana Paulina Rivero Weber agrega un estadio más, defendiendo en su ensayo *Una apología de la risa la figura de un hombre (y mujer) que ríe: es el tiempo de un homo ridens*.

Ya en pleno siglo XX, con dos guerras mundiales a cuestas y con procesos de modernización y globalización desfasados, revolu-

ciones industriales 4.0, cambios de paradigmas, crisis planetarias, ecológicas y del sistema económico imperante (con una correspondiente crisis sanitaria, social y económica mundial derivadas de la última pandemia) el humor se hace más que necesario.

¿Qué es la risa en un contexto de tensión sociopolítica como el actual? ¿Puede ser un arma, un catalizador de cambios en situaciones adversas? Parece que el humor tiene un papel fundamental en la psique colectiva y permite lograr catarsis y nuevas maneras de entender lo social:

[...] Cuanto más se profundice en el quebrantamiento de la norma, el humor será más ácido, más corrosivo y, por tanto, más socialmente inaceptable, pero también más hilarante, aunque únicamente para aquellos que, por razones diversas, estén disconformes con el orden social en mayor o menor grado. [...] La ruptura individuo-sociedad no es algo elaborado y consciente. Tiene mucho de mecanismo surgido del inconsciente. Freud equiparó —muy acertadamente— el mecanismo liberalizador de la risa con el de los sueños, en el cual, la represión desaparece, aniquilándose en una representación más o menos críptica. La risa y el sueño serían entonces la recuperación de la libertad prístina en un proceso orgiástico de desalienación. (Sánchez Álvarez, 2007).

Esa capacidad de transformación (y destrucción) sugiere que la risa puede incluso producir un desequilibrio en el ámbito de lo político (lo serio) y erigirse como fuerza opositora. Es natural que —cuando el poder

no ve con buenos ojos un creativo que desnuda sus vicios y excesos con un chiste, ironía, imitación o parodia (porque excede su carácter inofensivo)— aparezca el impulso de represión, lo que inyecta al «gracioso» de creatividad y deseo de subversión. Así lo entendía Baudelaire (1988): «El Sabio tiembla por haber reído, el Sabio teme la risa, como teme los espectáculos mundanos, la concupiscencia».

En últimas, y luego de este recorrido general por los cambios y connotaciones del concepto de humor a lo largo del tiempo, puede decirse que existen tres grandes corrientes que buscan explicar los mecanismos de la risa en la psique humana:

La teoría de la incongruencia —romper tabúes sobre temas sensibles (sexo, religión, temas de raza, política, etc.)—; la teoría de la superioridad —la súbita gloria expresada por Hobbes al reconocer «la caída o fatalidad» del otro—, y la teoría de la descarga o liberación de la tensión —Freud y la descarga psíquica que se da cuando hacemos ciertos chistes, cuando el humor es una válvula de escape a prohibiciones, inhibiciones o es contrario a la corrección política—.

Placer por la incongruencia, sentimiento de superioridad o liberación de tensión, la gracia está en que cada uno pueda armar su carnaval personal. Para que rían los que

tienen con qué y para recordarle al poder que no está solo, que en este baile de máscaras, por justicia del absurdo, el bufón también es rey.

Referencias

Baudelaire, Charles. (1988). *Lo cómico y la caricatura*. Madrid: Editorial Visor.

Gila, Manuel. (2007). *La risa en la Edad Media: Manifestaciones en el Románico* www.romanicoaragones.com/colaboraciones/colaboraciones041risa.htm

Herzog Márquez, Jesús Silva. (2010) *Hobbes y la risa*. Revista *El Malpensante*. N. 109

Mejía Arango, Juan Luis. (2014). *Nostalgia de Carnaval*. En *Universo Centro* N. 61. <http://www.universocentro.com/NUMERO61/NostalgiaDecarnaval.aspx>

RTVE. (26 de septiembre de 2010). Recuperado, 5 de agosto de 2013, de Archivo antología: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/television/archivos-antologia-humor-sentido/889897/>

Sánchez Alvarez. (2007). *Freud y Bergson. El chiste y la risa y su relación con lo social*. ARBOR ciencia, pensamiento y cultura, 103-121.

* Nació en Bogotá. Periodista, especialista en Gestión Cultural y Creativa. Docente universitario en áreas de Lectoescritura, Historia y Cultura. Tiene experiencia en el periodismo cultural, en el mundo editorial y en proyectos educativos que relacionan arte, lenguaje y ciudadanía.